

Arturo Torres Rioseco

José Eustasio Rivera

(1889-1928)



UIERA de Colombia no se conocía la existencia de este autor antes del triunfo de su novela única, *La Vorágine*. Su libro de versos, *Tierra de promisión*, maravilla de síntesis y color, de perfección y fuerza, impuso su nombre en Bogotá. Se vió en él entonces al intérprete del Trópico que, más afortunado, por ser más artista, que José Santos Chocano, hacía pasar el vigor de la tierra al ritmo de su vida y a la urgencia de su expresión estética. Con *La vorágine* Rivera pasa a ser figura de primer rango en todo el mundo de habla hispana. Se le menciona junto con Baroja, Güiraldes, Azuela, Lynch, Gallegos. Mas, nada se sabía del hombre, porque no había biografía, sino datos dispersos, deshilvanados, contradictorios. Y aún hoy no la hay, y acaso nunca, porque en nuestros países nos enorgullecemos del literato que triunfa y permitimos que se muera de hambre, o que emigre, o que se agote en labores extrañas a su talento. Y así como no se ha escrito la biografía de Asunción Silva, ni de Herrera y Reisig, ni de Díaz Rodríguez, tampoco se hará la de este gran poeta en verso y prosa, de este colombiano domador de toros bravos, Herakles con sonrisa infantil.

Nació en Neiva y allí pasó su mocedad. Nos dice C. García Prada que Neiva es una aldea con pujos de ciudad, situada a orillas del río Magdalena; tierra caliente, vegetación rica, lujuriente, campos abiertos, vida sana y sencilla, obispo, tinterillo, políticos menudos, labriegos mestizos e indios, escribanos, comida abundante y poco variada, cama blanda, sueño reposado, cacerías, pescas, vacadas, indicitas sumisas, y mucha luz y mucha electricidad en el ambiente.

Allí vivió el poeta su niñez y de esa savia se nutrió, y en *Tierra de promisión* nos la entrega desnuda, palpitante en la exuberancia de su forma. Pero las alas del aguilucho se enredan entre la iglesia y el cabildo, y su vuelo pide horizontes más amplios. Bogotá, sueño de montañeses y llaneros que han sentido el alfiler del ideal, le llama. Allí se abre su juventud; allí, a los veinte años se gradúa de maestro en la Escuela Normal Superior y a los 28, de abogado en la Universidad. Espíritu integral, le atrae la política y es diputado al congreso de Colombia. Es también secretario de las embajadas de su patria a las celebraciones de los centenarios peruano y mexicano.

La casualidad le va preparando su destino de novelista intérprete del Trópico. Primero es nombrado inspector de yacimientos petrolíferos y en su informe tiene la valentía de exponer la venalidad de los políticos y los abusos de los agentes de empresas extranjeras. Viaja por regiones que él no conocía y recoge muchos datos que utiliza literariamente más tarde. Después le nombran en una comisión de límites entre Venezuela y Colombia.

Así atraviesa todos los llanos del Casanera, del Meta, de San Martín y del Vaupés. Anda por el Orinoco, por el Río Negro, por el Casiquiare. Vive en compañía de indios en las orillas del Yabita y alguna vez se pierde en las selvas amazónicas. Sufre el tormento del calor, de la sed, de los zancudos, de las hormigas y la fiebre; convalesciente del beri-beri escribe *La vorágine*. Y por fin, ya publicado su libro, su gobierno le manda en 1928 como representante al Congreso Internacional de Emigración e

Inmigración, celebrado en la Habana. Amigos solícitos le hacen ver la necesidad de un viaje a Nueva York donde podría preparar una gran edición de su novela y buscar traductor. Esos son los días del gran éxito de *Trader Horn*. y Rivera cree que su *Vorágine* está destinada a igual fortuna, por sus elementos exóticos, su novedad y su violencia. En la gran metrópolis hace la quinta edición de su libro.

«La muerte le sorprendió en uno de los momentos más optimistas de su vida, cuando el deseado triunfo en tierra extranjera estaba cercano. Apenas tuvo tiempo de firmar la dedicatoria de un ejemplar de la edición neoyorquina de *La vorágine* para el Presidente y otro para la Biblioteca Nacional de Colombia. Un contrato con una editorial norteamericana interesada en la traducción inglesa reposaba sobre su mesa de trabajo. No alcanzó a firmarlo» (1).

Así murió José Eustasio Rivera, de neumonía, y en Nueva York. Hombre del Trópico, en una ciudad de invierno nórdico; derrotado por un germen urbano, él, que se había burlado de los mil peligros de la selva amazónica.

El Doctor Luis López de Mesa comenta así su muerte:

«Triunfó el artista, pero al llevar, orgulloso, al demonio Mohan que aprisionara en las redes de su artes, hacia las muelles compacencias de una civilización de calorífico central y ascensores eléctricos, para exhibirlos como a guiñol de feria y oso de gitanos, se irguió, salvaje, y extrangulando las yugulares del poeta, le hizo rebasar la sangre juvenil hacia los ventrículos del cerebro, arrebatándole vengativamente a los brazos del triunfo, de la riqueza, y de la gloria» (2).

(1) E. K. James, *J. E. R.*, «Atenea», Chile, junio de 1929.

(2) L. L. de M. «El espectador», Bogotá.

Sus restos fueron conducidos a Bogotá y ahora reposan en la tierra de sus triunfos, no en la Neiva de su niñez, por expreso deseo suyo. Acaso algún día su ciudad natal venga llorosa a reclamarlos, trocado en admiración el gesto incomprensivo, suavizada la sonrisa burlona, digna ya por el arrepentimiento y por la contricción, de recibirlos.

Rivera tenía más de seis pies de altura; era robusto y fuerte; una especie de atleta de los llanos. En su niñez había apartado toros bravos y domado potros. Los peligros continuos de la caza le habían aguzado el ojo y endurecido el músculo. Tenía el rostro sanguíneo, rebosante de salud; los cabellos negros y ondados, los ojos negros, profundos, suaves y dulces. Iba sonriente por la vida, guiado por una gran esperanza, feliz por haber cumplido su deber, ilusionado como un niño. Era tímido a pesar de que más de una vez miró a la muerte cara a cara. Sus amigos alaban, por encima de todas sus cualidades, su espíritu justiciero y noble; la estrecha armonía entre sus actos y su pensamiento. Armando Solano ha escrito: «Era su vida de irreprochable decoro y de sana normalidad». Y García Prada: «Quien lo veía por primera vez sin saber quien era, se decía que Rivera era un hacendado o un buen burgués, ajeno a las inquietudes del espíritu». Y Rafael Maya: «Era alto y musculoso, y andaba con paso firme como si acabase de ser licenciado de una falange heroica. Pertenece a la raza de piedra. Así como la cabeza de la aurora empuja el bronce de la noche y se abre paso hacia la claridad, así él, al golpe de sus hombros, parecía ir desalojando masas humanas para adueñarse del espacio. Su rostro había sido fundido por la llama al descender al infierno vegetal cuyos dolores y torturas nos dejó escritos. Era la arquitectura humana más perfecta para sacar los rasgos esenciales del hombre de la América india» (1).

Hombre de América fué y como tal nos dió su expresión

(1) Rafael Maya. *De Silva a Rivera*, Bogotá, 1929, pág. 44 y 45.

continental; esa tierra que le engendró sintió la inquietud de su ausencia y, madre al fin, le llamó que fuera a dormirse en su seno para siempre jamás. Fué el primer colombiano de su generación y Rafael Maya ha hecho bien al unir su nombre en hermoso libro al de aquel otro gran poeta, paisano suyo, José Asunción Silva, porque ambos fueron cúspides líricas de América, porque ambos, como predilectos de los dioses, murieron jóvenes, antes de haber logrado la definitiva expresión genial.

* * *

Arturo Cova tiene todos los encantos de los favoritos de los dioses: es joven, poeta y rebelde. Antes de que se apasione por mujer alguna, juega su corazón y se lo gana la violencia. Pudiendo casarse, su carácter dominador le obliga a huir con su novia. Mientras que en Bogotá arde el escándalo, Cova y Alicia salen al esplendoroso sol de los llanos:

«Y la aurora surgió ante nosotros: sin que advirtiéramos el momento preciso, empezó a flotar sobre los pajonales un vapor sonrosado que ondulaba en la atmósfera como ligera muselina. Las estrellas se adormecieron, y en la lontananza de ópalo, al nivel de la tierra, apareció en celaje de incendio, una pincelada violenta, un coágulo de rubí. Bajo la gloria del alba hendieron el aire los patos chillones, las garzas morosas como copos flotantes, los loros esmeraldinos de tembloroso vuelo, las guacamayas multicolores. Y de todas partes, del pajonal y del espacio, del «estero» y de la palmera, nació un hálito jubiloso que era vida, era acento, claridad y palpitación. Mientras tanto, en el arrebol que abría su palio inconmensurable, dardeó el primer destello solar, y, lentamente, el astro, inmenso como una cúpula, ante el asombro del toro y la fiera, rodó por las llanuras enrojeciéndose antes de ascender al azul.

«Alicia, abrazándome llorosa y enloquecida, repetía esta plegaria: ¡Dios mío, Dios mío! ¡El sol, el sol!

«Luego nosotros, prosiguiendo la marcha, nos hundimos en la inmensidad» (1).

Pasan por Villavicencio y antes de internarse en la sabana ya le han sentido el sabor salvaje a la llanura. Inmundos pantanos les retardan la marcha; sus ojos ven galápagos (2), de cabezas rojizas, cachirres (3), con los ojos sin párpados, garzas, serpientes enormes, palmeras que lloran, platanales. El Pipa, famoso ladrón, le roba a Arturo su caballo. Felizmente la compañía del viejo Rafo que va hacia el Casanare les facilita el viaje. Con melancolía dicen adiós a los montes que atan a un mundo civilizado, y después de ocho días de marcha llegan a la fundación de «La Maporita». Allí hallan un mundo nuevo: La niña Griselda, «hembra morena y fornida, ni alta ni pequeña, de cara regordeta y ojos simpáticos»; antes de presentarlo, el nombre trágico de Barrera, enganchador para los siringales (4), se deja oír. Apenas empieza el viejo Rafo a mostrar las chucherías que trae de Bogotá para vender a los llaneros, llegan los enviados de Barrera y le amenazan en nombre del amo, que aspira a todo monopolio de venta. Por la noche llega el «hombre» de Griselda, Fidel Franco, y al saber que Barrera ha visitado su casa y que lo ha trastornado todo haciendo grandes promesas a los trabajadores para llevárselos a las gomeras del Vichada, se indigna. Además, sospecha, y con razón, que Barrera le anda enamorando a su mujer. Cova presiente que a él también le alcanzará el maleficio del enganchador y en una pesadilla que tiene nos da la clave de toda la novela:

(1) *La Vorágine*, Editorial Andes, Nueva York, 1928, págs. 23, 24.

(2) Tortugas pequeñas.

(3) Caimanejos.

(4) Terrenos donde se recoge el caucho.

«Pasé mala noche. Cuando menudeaba el canto de los gansos conseguí quedarme dormido. Soñé que Alicia iba sola, por una sabana lúgubre, hacia un lugar siniestro donde la esperaba un hombre, que podía ser Barrera. Agazapado en los pajonales iba espiándola yo, con la escopeta del mulato en balanza; mas cada vez que intentaba tenderla contra el seductor, se convertía entre mis manos en una serpiente helada y rígida. Desde la cerca de los corrales, don Rafo agitaba el sombrero exclamando: ¡Véngase! ¡Eso ya no tiene remedio!

«Veía luego a la niña Griselda, vestida de oro, en un país extraño, encaramada en una peña de cuya base fluía un hilo blancusco de caucho. A lo largo de él lo bebían gentes innumerables echadas de bruces. Franco, erguido sobre un promontorio de carabinas, amonestaba a los sedientos con este estribillo: ¡Infelices, detrás de estas selvas está el más allá! Y al pie de cada árbol se iba muriendo un hombre, en tanto que yo recogía sus ca'averas para exportarlas en lanchones por un río silencioso y oscuro.

«Volvía a ver a Alicia, desgredada y desnuda, huyendo de mí por entre las malezas de un bosque nocturno, iluminado por luciérnagas colosales. Llevaba yo en la mano una hachuela corta, y, colgando al cinto, un recipiente de metal. Me detuve ante una araucaria de morados corimpos, parecida al árbol del caucho, empecé a picarle la corteza para que escurriera la goma. ¿Por qué me desangras?, suspiró una voz falleciente. Yo soy tu Alicia y me he convertido en una parásita» (1).

Aparece Barrera, ejemplar de hipocresía y de doblez, galante con las mujeres y meloío con Cova, cuyo prestigio de poeta dice admirar. Trae de regalo un frasco de perfume para Alicia y una botella de whisky. Hace alarde de su influencia con los grandes explotadores de siringales y promete ayudar a Cova. Este se

(1) *La Vorágine*, págs. 43, 44.

muestra altivo y adusto. Alicia empieza a mostrarse indiferente y Cova, celoso de Barrera, siente nacer una fuerte pasión por su querida.

Como todo anda mal en la estancia. Franco, Rafo y Cova deciden irse, y compran al propietario, el viejo Zubieta, mil toros para venderlos después en Bogotá. En la ausencia de sus dos amigos, Cova queda de dueño de casa. Su estado de exaltación nerviosa le hace a veces imaginarse que ya está establecido en Bogotá, feliz y rico con su familia, con Alicia y su futuro hijo, para luego caer en trágico presentimiento, causado por el largo viaje de Rafo, y la presencia de Barrera. Al fin, ciego de celos, insulta a las mujeres y da de golpes a Griselda. Huyen éstas de su furor y Cova, ebrio de licor y de venganza, va a casa de Zubieta en busca de Barrera. Allí insulta a todo el mundo. Por muchos días el viejo ha sido víctima del enganchador que, con dados falsos, le ha ganado dinero y reses. Cova descubre que los dados son falsos y Barrera huye. Cova se gana la buena voluntad del viejo Zubieta. Clarita, una pobre mujerzuela que anda de mano en mano, se enamora de Arturo y le cuida.

Después de variados lances, entre los cuales son de notar un desbande de toros en la noche, una riña de gallos, la muerte de un llanero por un toro bravo, un combate con los indios y la aparición del Pipa entre éstos, Cova y Franco vuelven un día a las casas donde les informan que el viejo Zubieta ha sido asesinado y que Griselda y Alicia han huído con Barrera. Y entonces es cuando Franco, después de poner fuego a su casa y jurar venganza, y Cova, después de dar expresión lírica a sus odios satánicos, salen en pos del enganchador y de las mujeres; fuerzas ciegas de un fatalismo primitivo y bárbaro.

Acusados de haber dado muerte al biejo, Cova, Franco, el Mulato y el Pipa, salen errantes y trágicos hacia la selva inmensa. Y ahora empieza la dantesca marcha sin luz. Víctima de la fiebre, Cova piensa en el suicidio. El recuerdo de Alicia le tortura; el cansancio, el hambre y los zancudos debilitan su cuerpo,

su cerebro se oscurece a tal extremo que siente deseos de asesinar a sus compañeros. Por fin llegan al monte del Vichado, y en el río hallan a Heli Mesa, que se ha escapado del grupo de hombres que Barrera lleva al Brasil para venderlos como esclavos en las caucherías. Griselda y Alicia van entre las víctimas. Cova continúa la persecución. Suben por nuevos ríos donde les esperan nuevos sufrimientos: sanguijeuelas que les llagan las piernas, caimanes que esperan su presa en las aguas turbias, vampiros gigantes, tigres en acecho constante.

La personalidad de Cova empieza a cambiar. El sortilegio de la selva se ha apoderado de él; extrañas alucinaciones le asaltan. Ve que los árboles, seres vivos, le hablan y que las arañas y las aguas se dirigen a él. Monstruosas pesadillas le persiguen. El mismo Franco le llama «desequilibrado impulsivo y teatral» cuando Cova se burla de sus esfuerzos para salvar a dos indios de la partida, y hace el elogio de la muerte. En plena selva hace discursos dignos de cualquier orador tropical.

Después de algunos días llegan cerca de las casas del Cayeno, de terrible prestigio entre los prófugos de las gomeras por sus crueldades. Cova captura a un centinela del Cayeno, el viejo Clemente Silva, colombiano que por diez y seis años anduvo errante por todos los siringales en busca de su hijo, cuyos huesos guarda ahora celosamente, esperando poder darles algún día cristiana sepultura. El viejo está lleno de úlceras y de gusanos. Los viajeros llegan a las barracas del Cayeno. Mientras los tres amigos—Cova, Franco, Heli Mesa—arriesgan sus vidas en poder del Cayeno, envían a Clemente Silva a pedir ayuda al cónsul de Colombia en Manaos. Tres nuevos personajes aparecen: la madona Zoraida Ayram, aventurera turca dedicada al tráfico de goma robada; el general venezolano Aquiles Vacares, y el joven colombiano Ramiro Estévez, que después de un desengaño amoroso vino a enterrarse en las caucheras de Huaracú. En la ausencia del viejo Silva y del Cayeno, Cova se dedica a escribir su tenebrosa Odisea. La madona Zoraida, creyendo que

Cova es rico, le ofrenda la vasta riqueza de su cuerpo. Cova la enamora y ella en los transportes de la pasión sólo atina a repetir: «Ángel mío, prefíerame en los negocios». Un día Cova descubre que la madona lleva los zarcillos de la niña Griselda. Así se dan cuenta de que Barrera no está lejos de allí. Hay una entrevista entre Griselda y Cova en la que la infeliz mujer relata sus aventuras desde la partida de «La Maporita», sus sufrimientos, la honradez de Alicia que antes que ceder a los deseos de Barrera le rompe la cara de un botellazo, exponiéndose a ser asesinada. Ahora la querida de Cova espera el nacimiento de su hijo. Al saber esto Arturo desea partir en el acto pero los preparativos son interrumpidos por la llegada del Cayeno. El Cayeno trae algunos indios prisioneros entre los cuales se halla el Pipa quien acusa a Cova de ser espía del Coronel Funes. En los lances que siguen Cova y sus amigos logran dar muerte al Cayeno. ¡Y otra vez a la busca de Barrera! San Joaquín, San Gabriel, Umarituba, Santa Isabel, y ya muy cerca, la presencia del odiado rival en Yaguanari. Y después la venganza satisfecha, el suspiro formidable que se escapa del pecho en paz:

«No sé quién me dijo que Barrera estaba en el baño, y corrí inerme entre el gramalote hacia el río Yurubaxi. Hallábase desnudo sobre una tabla junto a la margen, desprendiéndose los vendajes de las heridas, ante un espejo. Al verme, abalanzóse sobre la ropa, a coger el arma. Yo me interpose. Y empezó entre los dos la lucha tremenda, muda, titánica.

«Aquel hombre era fuerte, y, aunque mi estatura lo aventajaba, me derribó. Pataleando, convulsos, arábamos la maleza y el arenal en nudo apretado, trocándonos el aliento de boca a boca, él debajo unas veces, otras, encima. Trenzábamos los cuerpos como sierpes, nuestros pies chapoteaban la orilla y volvíamos sobre la ropa, y rodábamos otra vez, hasta que yo, casi desmayado, en surpremo ímpetu, le agrandé con mis dientes las

sajaduras, lo ensangrenté, y rabiosamente, lo sumergí bajo la linfa para asfixiarlo como a un pichón.

«Entonces, descoyuntado por la fatiga, presencié el espectáculo más terrible, más pavoroso, más detestable: Millones de caribes acudieron sobre el herido, entre un temblor de aletas y centelleos, y aunque él manoteaba y se defendía, los descarnaron en un segundo, arrancando la pulpa a cada mordisco, con la celeridad de pollada hambrienta que le quita granos a una mazorca. Burbujeaba la onda en herbor dantesco, sanguinosa, turbida, trágica: y, cual se ve sobre el negativo la armazón del cuerpo radiografiado, fué emergiendo en la móvil lámina el esqueleto mondo, blancuzco, semihundido por un extremo al peso del cráneo, y temblaba contra los juncos de la ribera como en un estertor de misericordia!

«Allí quedó, allí estaba cuando corrí a buscar a Alicia, y, alzándola en mis brazos, se lo mostré!

«Lívida, exánime, la acostamos en el fondo de la curiara, con los síntomas del aborto» (1).

Huyendo de unos apestados, Cova, Alicia, y los demás de la partida se guarecen en la selva en espera de Clemente Silva y del cónsul de Colombia en Manaos, que vienen a socorrerlos. En el camino dejan este mensaje:

«Viejo Silva: Nos situaremos a media hora de esta barraca buscando dirección del caño Marié, por la trocha antigua. Caso de encontrar imprevistas dificultades, le dejaremos en nuestro rumbo grandes fogones. ¡No se tarde! ¡Sólo tenemos víveres para seis días! ¡Acuérdese de Coutinho y de Souza Machado!».

«¡Nos vamos, pues!».

(1) *La Vorágine*, págs. 338, 339.

* * *

«¡En nombre de Dios!» (1).

Y por fin, el epílogo terrible, lacónico:

«El último cabe de nuestro Cónsul, dirigido al señor Ministro y relacionado con la suerte de Arturo Cova, y sus compañeros, dice textualmente:

«Hace cinco meses búscalos en vano Clemente Silva.

«Ni rastro de ellos.

«¡Los devoró la selva!» (2).

* * *

Antes de estudiar *La Vorágine* como novela, es de primordial importancia observar el ambiente en que se desarrolla, ya que el llano y la selva son los factores básicos de la obra. El espectáculo del llano, con sus variadas flora y fauna, llena al lector de regocijo, de una exaltación panteísta. Pero pronto la naturaleza tropical empieza a mostrar su primitiva fiera. «Ni un árbol, ni una gruta, ni una palmera», para aliviar el cansancio de la marcha, el fuego del sol, la sed y la fiebre. Pringosas lamas flotan sobre las aguas estancadas; asquerosos gusanos se enroscan en las hojas, las abejas se agitan como llamas. A medida que se avanza hacia el interior por las sabanas infinitas, la Naturaleza se torna más hosca y más variable; de la verde paz de «La Ma-

(1) *La Vorágine*, pág. 341.

(2) *La Vorágine*, pág. 343.

porita», con brisas suaves y crepúsculos dorados, se pasa a la violencia incontenible del huracán:

«Las aguas corrían al revés y las bandadas de patos volteaban en las alturas, cual hojas dispersas. Súbito, cerrando las lejanías entre cielo y tierra, descolgó sus telones el nublado terrible, rasgado por centellas, aturdido por truenos, convulsionado por borrascas que venían empujando a a oscuridad.

«El huracán fué tan furibundo que casi nos desgajaba de las monturas, y nuestros caballos detuviéronse, dando las grupas a la tormenta. Rápidamente nos desmontamos, y, requiriendo los bayetones bajo el chaparrón, nos tendimos de pecho entre el pajonal. Oscurecióse el ámbito que nos separaba de las palmeras y sólo veíamos una, de grueso tallo y luengas alas, que se erguía como la bandera del viento y zumbaba al chispear cual yesca bajo el relámpago que la encendía; y era bello y aterrador el espectáculo de aquella palmera heroica, que agitaba al rededor del hendido tronco las fibras del penacho flamante y moría en su sitio, sin humillarse ni enmudecer.

«Cuando pasó la tromba, advertimos que la brigada había desaparecido y cabalgamos para perseguirla. Calados, entre la ventolera procelosa, anduvimos leguas y leguas sin poder encontrarla, y caminando tras la nube que corría como negro muro, dimos con los peñones del desbordado Meta. Desde allí mirábamos hervir las revolucionadas ondas, en cuyos crestones mojábanse los rayos en culebreo implacable, mientras que los barrancos ribereños se desprendían con sus colonias de monte virgen, levantando altísimas columnas de agua. Y el estruendo de la caída era seguido por el traqueteo de los bejucos, hasta que al fin giraba el bosque en el oleaje, como la balsa del espanto.

«Después, entre yerbales llovidos donde las palmeras iban enderezándose con miedo, proseguimos la busca de la bestia, y ambulando siempre, cayó sobre nosotros la noche. Mohino, trotaba en pos de Correa, al parpadeo de los postreros relámpagos, metiéndonos hasta la cincha en los inundados bajíos, cuan-

do desde el comienzo de un ajarafe divisamos lejanas hogueras que parecían alegrar el monte» (1).

Las pasiones de los hombres laten en armonía con la grandeza pánica del paisaje y cuando Fidel Franco incendia su casa y el fuego se esparce por todo el llano circundante, la escena adquiere proporciones de pesadilla:

«La calurosa devastación campeaba en los pajonales de ambas orillas, culebreando en los bejuqueros, trepándose a los moriches y reventándolos con retumbos de pirotecnia. Saltaban cohetes llameantes a grandes trechos, hurtándole combustible a la línea de retaguardia, que tendía hacia atrás sus melenas de humo, ávida de abarcar los límites de la tierra y batir sus confalones flamígeros en las nubes. La devoradora falange iba dejando fogatas en los llanos ennegrecidos, sobre cuerpos de animales achicharrados, y en toda la curva del horizonte los troncos de las palmeras ardían como cirios enormes.

«El traquido de los arbustos, el ululante coro de las sierpes y de las fieras, el tropel de los ganados pavóricos, el amargo olor a carnes quemadas, agasajáronme la soberbia; y sentí deleite por todo lo que moría a la zaga de ilusión, por ese océano purpúreo que me arrojaba contra la selva, aislándome del mundo que conocí, por el incendio que extendía su ceniza sobre mis pasos!» (2).

El terror del ambiente va en continuo crescendo. Caimanes, panteras, tigres, caribes, rayas, águilas eléctricas, toninas y serpientes ponen en peligro a cada paso la vida del viajero. Sólo una vez se detiene la pluma del novelista para echar un poco de luz en la pavorosa noche salvaje. En medio

(1) *La Vorágine*, págs. 108, 109.

(2) *La Vorágine*, págs. 124, 125.

de este cuadro sombrío aparece la visión milagrosa de las garzas:

«¡Bendita sea la difícil landa que nos condujo a la región de los revuelos y la albura! El inundado bosque del garcero, millonario de garzas, parecía algodonal de nutridos copos; y en la turquesa del cielo ondeaba, perennemente, un desfile de remos cándidos, sobre los cimborios de los moriches, donde bullía la empeluzada muchedumbre de polluelos. A nuestro paso se encumbraba en espiras la nívea flota, y, tras de girar con insólito vocerío, se desbandada por unidades que descendían al estero, entrecerrando las alas lentas, como en velamen de seda albicante.

«Pensativo, junto a las linfas, demoraba el «garzón soldado» de rojo kepís, heroica altura y marcial talante, cuyo ancho pico es prolongado como una espada; y a su redor revoloteaba el mundo babélico de zancudas y palmípedas, desde la «corocora» lacre, que humillaría al ibis egipcio, hasta la azul cerceta de dorado moño y el pato ilusionante de color de rosa, que en el rosicler del alba llaneta tiñe sus plumas. Y por encima de ese alado tujulto volvía a girar la corona eucarística de garzas, se despetalaba sobre la ciénaga, y mi espíritu sentíase deslumbrado, como en los días de su candor, al evocar las hostias divinas, los corros angelicales, los cirios immaculados» (1).

Remontando los ríos hacia las selvas de Venezuela y del Brasil llegan

«a las márgenes del río Vichada, derrotados por los zancudos. Durante la travesía los azuzó la muerte tras de nosotros y nos persiguieron día y noche flotando en hado fatídico y

(1) *Ibid.*, págs. 139, 140.

quejumbroso, trémulos como una cuerda a medio vibrar. Eranos imposible mezquinar nuestra sangre asténica, porque nos succionaban al través de sombrero y de ropa, inoculándonos el virus de la fiebre y la pesadilla.

«Las que enantes fueron sabanas úberes, se habían convertido en desoladas ciénagas; y con el agua a la cintura seguíamos el derrotero de los baquianos, bañada en sudor la frente y húmedas las maletas que portábamos a la espalda; famélicos, macilentos, pernoctando en altiplanos de breña inhóspite, sin hogueras, sin lecho, sin protección».

La fatiga, el hambre, la inmensidad, el silencio, las fiebres, los dolores corporales y del espíritu, hacen que el viajero piense en el suicidio como fin de sus sufrimientos, y que deje su razón después en las garras de la locura. Torturantes sueños catalépticos en que la selva viva y monstruosa le amenaza son anuncios de destrucción y muerte:

«Entonces la caoba meció sus ramas y escuché en sus rumores estos anatemas:

«¡Picadlo, picadlo con vuestro hierro para que experimente lo que es el hacha en la carne viva! ¡Picadlo aunque esté indefenso, pues él también destruyó los árboles y es justo que conozca nuestro martirio!

«Por si el bosque entendía mis pensamientos, le dirigí esta meditación: ¡Mátame, si quieres, que estoy vivo aún!

«Y una charca podrida me replicó: ¿Y mis vapores? ¿Acaso están ociosos?».

En los siringales la vida del cauchero es un suplicio dantesco, devorado por el beri-beri, la sed y las sanguijuelas. El hombre siente los impulsos primitivos; la civilización no logra dominar a la fiera humana. Sólo la voluntad tremenda de la selva puede conquistarlo, destruyéndolo:

«Eso sin contar las zancudos y las hormigas. Está la «veinticuatro», está la «tambocha», venenosas como escorpiones. Algo peor todavía: la selva trastorna al hombre, desarrollándole instintos infrahumanos: la crueldad invade las almas como intrincado espinoso y la codicia quema como fiebre. El ansia de riquezas reanima al cuerpo ya desfallecido, y el olor del caucho produce la locura del oro. El peón sufre y trabaja con deseo de ser empresario y poder salir un día a las capitales a derrochar la goma que lleva, a gozar de mujeres blancas y a emborracharse meses enteros, sostenido por la evidencia de que en los montes hay mil esclavos que dan sus vidas por procurarle esos placeres, como él lo hizo para su amo anteriormente. Sólo que la realidad anda más despacio que la ambición, y el beri-beri es mal amigo. En el desamparo de vegas y estradas muchos sucumben de calentura, abrazados al árbol que mana leche, pegando a la corteza sus ávidas bocas, para calmar, a falta de agua, la sed de la fiebre con caucho líquido: Y allí se pudren como las hojas, roídos por ratas y hormigas, únicos millones que le llegaron al morir». (1)

La selva de Rivera es inhumana y trágica. Los árboles son deformes, las enredaderas trepan por sus troncos y almacenan hojas y frutas y se rompen después como sacos podridos, vaciando reptiles ciegos, salamandras, arañas. Hay parásitos que se agarran como pulpos, hormigas devastadoras; el comején invade el bosque con su lepra; por doquier «el hálito del fermento, los vapores calientes de la penumbra, el sopor de la muerte, el marasmo de la procreación». Rivera se acerca a la selva y la siente en toda su monstruosa gestación. Todo es aquí podredumbre, violencia, destrucción, muerte. En ninguna parte se halla el retiro amable de los escritores románticos, el oasis apetecido de los que huyen de la sociedad civilizada:

(1) *Ibid.*, pág. 150.

«¿Cuál es aquí la poesía de los retiros, dónde están las mariposas que parecen flores translúcidas, los pájaros mágicos, el arroyo cantor? ¡Pobre fantasía de los poetas que sólo conocen las soledades domesticadas!

«¡Nada de ruiseñores enamorados, nada de jardín versallesco, nada de panoramas sentimentales! Aquí los respuestas de sapos hidrópicos, las malezas de cerros misántropos, los rebalses de caños podridos. Aquí, la parásita afrodisíaca que llena el suelo de abejas muertas; la diversidad de flores inmundas que se contraen con sexuales palpitaciones y sudor pegajoso emborracha como una droga: la liana maligna cuya peluza enceguece los animales; la pringamosa» que inflama la piel, la pepa del «curuju» que parece irrisado globo y sólo contiene ceniza cáustica, la uva purgante, el corozo amargo.

«Aquí, de noche, voces desconocidas, luces fantasmagóricas, silencios fúnebres. Es la muerte, que pasa dando la vida. Oyese el golpe de la fruta, que al abatirse hace la promesa de su semilla; el caer de la hoja, que llena el monte con vago suspiro, ofreciéndose como abono para las raíces del árbol paterno; el chasquido de la mandíbula, que devora con temor de ser devorada; el silbido de alerta, los ayes agónicos, el rumor del regüeldo. Y cuando el alba riega sobre los montes su gloria trágica, se inicia el clamoreo sobreviviente: el zumbido de la pava chillona, los retumbos del puerco salvaje, las risas del mono ridículo. ¡Todo por el júbilo breve de vivir una hora más!

«Esta selva sádica y virgen procura al ánimo la alucinación del peligro próximo. El vegetal es un ser sensible cuya psicología desconocemos. En estas soledades, cuando nos habla, sólo entiende su idioma el presentimiento. Bajo su poder, los nervios del hombre se convierten en haz de cuerdas, distendidas hacia el asalto hacia la traición, hacia la asechanza. Los sentidos humanos equivocan sus facultades: el ojo siente,

la espalda ve, la nariz explora, las piernas calculan y la sangre clama: ¡Huyamos, huyamos!» (1).

La invasión siniestra de las tambochas, que descarnan y devoran cuanto ser vivo hallan en su camino otro aspecto brutal de la selva enemiga del hombre:

«¡Santo Dios! ¡Las tambochas!

«Entonces sólo pensaron en huir. Prefirieron las sanguijuelas y se guarecieron en un rebalse, con el agua sobre los hombros.

«Desde allí miraron pasar la primera ronda. A semejanza de las cenizas que a lo lejos lanzan las quemas, caían sobre la charca fugitivas tribus de cucarachas y coleópteros, mientras que las márgenes se poblaban de arácnidos y reptiles, obligando a los hombres a sacudir las aguas mefíticas para que no avanzaran en ellas. Un temblor continuo agitaba el suelo, cual si las hojarascas hirvieran solas. Por debajo de troncos y aráíces avanzaba el tumulto de la invasión, a tiempo que los árboles se cubrían de una mancha negra, como cáscara movediza, que iba ascendiendo implacablemente a afligir las ramas, a saquear los nidos, a colarse en los agujeros. Alguna comadreja desorbitada, algún lagarto moroso, alguna rata recién parida, eran ansiadas presas de aquel ejército, que las descarnaba, entre chillidos, con una presteza de ácidos disolventes.

«¿Cuánto tiempo duró el martirio de aquellos hombres, sepultados en un cieno líquido hasta el mentón, que observaban con ojos pávidos el desfile de un enemigo que pasaba, pasaba y volvía a pasar? ¡Horas horripilantes en que saborearon a sorbo y sorbo las alquitaradas hieles de la tortura! Cuando calcularon que se alejaba la última ronda, pretendieron salir a tierra, pero sus miembros estaban paralizados, sin fuerzas para despegarse del barrizal donde se habían enterrado vivos.

(1) *Ibid.*, págs. 166, 167.

«Mas no debían morir alkí. Era preciso hacer un esfuerzo. El indio Venancio logró cogerse de algunas matas y comenzó a luchar. Agarróse luego de unos bejucos. Varias tambochas desgarradas le royeron las manos. Poco a poco sintió ensancharse el molde de fango que lo ceñía. Sus piernas al desligarse de lo profundo produjeron chasquidos sordos. ¡Upa! ¡otra vez y no desmayar! ¡Animo! ¡Animo!»

.La selva es una fuerza tentacular que destroza al individuo. Todo dolor encuentra allí su sitio y así como el cuerpo no puede resistir a las enfermedades el espíritu tampoco es capaz de resistir el espectáculo macabro de un organismo palpitante que le ahoga. En las descripciones de Rivera hay mucho de realidad pero es indudable que dos factores diversos contribuyen a engrandecer el escenario trágico. Por un lado tenemos el temperamento hiperestésico del autor y su estado de anormal apasionamiento y por otro la crueldad inaudita de los hombres de la selva, que exaltan las apariencias trágicas de ésta. Todo lo que dice Rivera es o puede ser verdad, visto con sus ojos, sentido con su cerebro de hombre impulsivo. Mas, no todos los viajeros que por esos territorios han pasado los han descrito con tan sombríos tonos. En 1893 el escritor colombiano Santiago Pérez Triana hizo el viaje de Bogotá a Ciudad Bolívar siguiendo los ríos Meta, Vichada y Orinoco (1). En ninguna parte de su recorrido vemos las apocalípticas visiones de Rivera. En el llano sus ojos se detienen en la belleza del paisaje.

«El viaje en estas circunstancias tenía al principio su seducción y encanto. La luz penetraba tamizada por entre el follaje, y era tan tibia y suave que se diría que nos hallábamos detrás del rosetón multicoloro de alguna inmensa catedral. Los árboles corpulentos semejaban ingentes columnas festonadas de vistosos

(1) *Ibid.*, pág. 183.

cortinajes formados por las abigarradas enredaderas. Las orquídeas, como pebeteros colgantes, lucían con profusión magníficas flores, y un perfume penetrante como de un incienso desconocido poblada el espacio» (1).

Verdad es que los guías le dicen que hay serpientes y hormigas venenosas pero éstas nunca le molesta. Los indios que en *La Vorágine* son enemigos de los blancos en la obra de Pérez Triana sirven de guías voluntariamente y hasta traen sus hijos para que se los bauticen en espera de algún regalo. Afirma Pérez Triana que la caza y la pesca son abundantes en gran parte del trayecto. Todo el recorrido lo hizo sin novedad aunque agrega que, según él supo más tarde, la curiara en que se volvieron sus compañeros de viaje se volcó y uno de los individuos fué devorado por los caimanes. Es frecuente que Pérez Triana empiece así sus capítulos: «X nos refirió algo acerca de los hábitos de los tigres». Zancudos, sanguijuelas, caimanes, etc., pueblan la selva, pero protegiéndose de unos y evitando los otros, dejan de ser temibles. La tranquilidad parece ser tal que los viajeros entretienen sus noches con relatos y cuentos. Para este escritor las fieras de los bosques no son peores que las fieras humanas que encontramos todos los días en sociedad. Así, acordándose de un indio del Orinoco que le prestó grandes servicios dice:

«Lejos está ya él de nosotros, allá en el fondo de sus selvas vírgenes, en lucha contra la naturaleza bravía, mientras nosotros continuamos en la lucha por la vida en la selva humana. En el elemento de él, así como en el nuestro, abundan las fieras. Acaso son más temibles, y seguramente son mucho más feroces las que nosotros encontramos en nuestro camino, y cuyos ahullidos resuenan en torno nuestro en todas partes, que los tigres y las culebras que Gatiño encuentra en las regiones por donde él se mueve. Siquiera los instintos feroces de esas bestias y repti-

(2) *Ibid.*, págs. 240, 241, 242.

les tienen límite, en tanto que los odios son ciegos y los rencores, implacables entre algunos hombres» (1).

Cierto es que por 1893 las gomerías no eran explotadas como en años más recientes y el hombre no había entrado a sangre y fuego en los bosques vírgenes, pero la diferencia proviene de los distintos temperamentos de ambos viajeros. Pérez Triana era un hombre equilibrado, un sagaz observador y no tenía ninguna misión que cumplir. Poseía además un fino humorismo. Aunque mucho menos intenso y con menos imaginación que Rivera, le supera en lo que podríamos llamar verdad realista. Rivera, ya lo hemos dicho, trabaja bajo una inmensa pasión, posee una arrebatada fantasía, carece de humorismo y su visión de las cosas se agiganta, como sus sentimientos. Además, Pérez Triana es un viajero pacífico que pasa rápidamente hacia zonas de cultura, en tanto que Rivera busca y provoca el peligro, se mete en lo más bravío de la selva, se goza en su propio sufrimiento, y por fin, por propia decisión, se pierde en la selva, en vez de salir de ella. La selva de *La Vorágine* es «el infierno verde», la de Pérez Triana, escenario de fugaz aventura. Rivera es el dueño de la actitud trágica, de la grandilocuencia apasionada, de lo grandioso y lo macabro. Sus ojos desprecian la belleza de tonos suaves, matizada, que Pérez Triana observa algunas veces.

Mayor contraste hay aún entre *La Vorágine* y ese maravilloso libro escrito por W. H. Hudson, e inspirado en los mismos lugares. *Green Mansions*. Yo no sé si Rivera conoció el libro del inglés antes de escribir su novela. Hay vagas similitudes: la huída del país natal, la vida al aire libre en los bosques y en la llanura, la historia de la indiecita Mapiripana que Rivera intercala en su novela y que es para los indios de esas comarcas lo que Rima para los otros:

«Los indios de estas comarcas le temen, y ella les tolera

(1) *Ibid.*, págs. 258, 259.

la cacería, a condición de no hacer ruido. Los que la contrarían no cazan nada; y basta fijarse en la arcilla húmeda para comprender que pasó asustando los animales y marcando la huella de un solo pie, con el talón hacia adelante, como si caminara retrocediendo. Siempre lleva en las manos una parásita y fué quien usó primero los abanicos de palmera. De noche se la siente gritar en las espesuras, y en las plenilunios costea las playas, navegando sobre una concha de tortuga, tirada por «bufeos», que mueven las aletas mientras ella canta» (1).

Pero lo que hace detenerse al lector y pensar en una lejana influencia es el hecho de que Mr. Abel cuide con tanto esmero las cenizas del ser amado. Rima, como el viejo Silva los huesos de su hijo, y que ambos los trasladen en una caja, grandes distancias.

La narración de Hudson es así:

Abel Guevez de Argensola sale huyendo de Caracas y se va remontando el Orinoco. Visita las aldeas de los indios y llega al río Meta. Enferma de fiebre en Manapuri. Con unos indios, se va a convalecer a las montañas de Queneveta. Restablecido, sigue el viaje al río Casiquiare. Entusiasmado a la vista de un collar de oro que lleva un indio decide continuar por el alto Orinoco hacia regiones enteramente desconocidas del hombre civilizado. Llega a las montañas Parahuari. Sin lograr descubrir el ansiado metal, se establece en una aldea de indios a orillas del riachuelo Curicay. Después de algunos días, sin obedecer a las órdenes de los indios, se interna en un bosque, para ellos encantado. Allí encuentra a Rima, mujer-pájaro, milagro de belleza de la selva. Se enamora de su gracia, su bondad y su belleza. Rima vive por ahí cerca, con un viejo que la ha hecho creer que es su abuelo. Abel informa a Rima acerca del mundo y ella decide visitar la tierra de sus antepasados. Los tres hacen

(1) Santiago Pérez Triana, *De Bogotá al Atlántico*, París, Imprenta Sudamericana, 1897.

un largo viaje pero no hallan vestigios de su raza. Rima vuelve a su choza, adelantándose el viejo y a su amante. Cuando éstos llegan al bosque, cuna de ese idilio fantástico y exquisito, descubren que los indios se han apoderado del bosque, después de quemar el árbol en que se ocultaba la joven. Abel recoge sus cenizas y huye a través de montes y llanos a buscar en regiones civilizadas descanso para ellas y para él. En Georgetown establece su casa y en ella coloca su urna cineraria.

Hudson es probablemente el escritor más exquisito de las letras modernas inglesas. Naturalista, filósofo y poeta, observa la Naturaleza con rara penetración, se apodera del espíritu de las cosas y lo poetiza hasta la quintaesencia. Suya es esta frase: «El sentido de lo bello es el mejor don que Dios ha dispensado a los mortales» (1). No es raro entonces que la selva, que para Rivera posee una fuerza trágica y maldita, sea para Hudson un paraíso terrenal. Ya habíamos visto en *Far Away and Long Ago*, *The Purple Land*, y *Idle Days in Patagonia* que Hudson se halla como en su casa en las zonas más primitivas. Los indios se convierten en sus amigos; las serpientes más terribles se enroscan a sus pies; los tigres pasan a su lado sin tocarle. Domador de la vida salvaje por la bondad y la comprensión, el escritor inglés usa como única arma su prodigiosa inteligencia. Mientras que Rivera ve los pantanos inmundos, la lepra del bosque, los caimanes sin párpados, los troncos mutilados, Hudson pone atento oído al canto de los pájaros desconocidos, observa con cariño la graciosa curva de las serpientes, se deleita en los bailes de los salvajes, ve el sutil tejido de oro que deja el sol sobre el púrpura de las hojas o el verde de las aguas. Para él sólo existe la belleza sin límites, en la brizna de yerba, el vuelo del aire, la voz del viento, la nube o la estrella:

«I spent several hours in this wild paradise which was so

(1) *De Bogotá al Atlántico*, págs. 24, 25.

much more delightful than the extensive gloomier forests I had so often penetrated in Guayana: for here if the trees did not attain to such majestic proportions, the variety of forms was even greater; as far as I went it was nowhere dark under the trees, and the number of lovely parasites everywhere illustrated the kindly influence of light and air. Even where the trees were largest the sunshine penetrated, subdued by the foliage to exquisite greenish-golden tints, filling the wide lower spaces with tender half-lights, and faint blue-and-grey shadows. Lying on my back and gazing up I felt reluctant to rise and renew my ramble. For what above my head! Roof I call it, just as the poets in their poverty sometimes describe the infinite ethereal sky by that word; but it was no more roof-like and hindering to the soaring spirit than higher clouds that float in changing forms and tints, and like the foliage chasten the intolerable noonday beams. How far above me seemed that leafy cloudland into which I gazed! Nature, we know, first taught the architect to produce by long colonnades the illusion of distance; but the lightexcluding roofs prevents him from getting the same effect above. Here nature is unapproachable with her green, airy canopy, a sun-impregnated cloud—cloud above cloud; and though the highest may be unreachd by the eye, the beams yet filter through, illuming the wide spaces beneath—chamber succeeded by chamber, each with its own special lights and shadows. Far above me, but not nearly so far as it seemed, the tender gloom of one such chamber or space is traversed now by a golden shaft of light falling through some break in the upper foliage, giving a strange glory to everything it touches—projecting leaves, and beard-like tuft of moss, and snaky bush-rope. And in the most open part of that most open space suspended on nothing to the eye, the shaft reveals a tangle of shining silver threads.—the web of some large tree-spider. These seemingly distant, yet distinctly visible threads, serve to remind me that the human artist is only able to get his horizontal distance by monotonous

reduplication of pillar and arch, placed at regular intervals, and that the least departure from this order would destroy the effect. But nature produces her effects at random, and seems only to increase the beautiful illusion by that infinite variety of decoration in which she revels, binding tree to tree in a tangle of anaconda-like lianas, and dwindling down from these huge cable to airy webs and hair-like fibres that vibrante to the wind of the passing insect's wing» (1).

Claro está que no dudamos del realismo de Rivera ni del realismo de Hudson, pero, como el paisaje es un estado anímico, el temperamento del colombiano busca lo trágico mientras que la filosófica del inglés se recrea en la belleza serena del paisaje. Y lo mismo por lo que se refiere a los hombres. En *Green Mansions* hay una matanza formidable de indios pero el autor hace de ella un rápido episodio y, de la bestia humana logra sacar a veces la suprema belleza de una sonrisa. Hudson pudo haber hecho el viaje de Rivera y ver todo lo que vió el colombiano, más una infinidad de cosas que los ojos sensuales y afebrados de Rivera no pudieron distinguir. *La Vorágine*, escrita por el autor de *Green Mansions*, no habría sido una serie de pesadillas sino un intenso poema en prosa; habríamos visto otros aspectos de llanos, ríos y selva y acaso hubiéramos comprendido mejor el proceso de la crueldad de los caucheros.

Pero Rivera era dueño de su temperamento de hombre primitivo, así como Hudson lo era del suyo, también primitivo, aunque refinadísimo, y lectores habrá que prefieran el huracán de *La Vorágine* a la suave brisa de *Green Mansions*.

Una relación más estrecha hay entre *La Vorágine* y *El infierno verde* de Alberto Rangel (2), publicado poco antes de la guerra europea. Este libro trata de la vida de los «caboclos» o sea

(1) *Ibid*, pág. 162.

(2) *La Vorágine*, pág. 162.

los indígenas del Amazonas. Consta de once narraciones de tema separado, aunque todas unidas por el ambiente: la cuenca del gran río. En él se explica una especie de geología dinámica, cuya constante evolución puede ser observada todos los días, precipitada a veces por fuerzas físicas como derrumbes, crecientes, lluvias o calores. La lucha por la vida que se observa en el microcosmos y en los organismos vegetales ya perfeccionados, en insectos y animales, es la misma fuerza moral que hace de los hombres verdaderas fieras en su precipitación por apoderarse del oro negro, de la tierra o de la mujer. Y así como existen parásitas, verdaderos pulpos vegetales que se enredan alrededor de los árboles, los cubren y los matan para seguir viviendo ellas con vida renovada, en el mundo de los hombres existen los amos, pulpos que amarran ejércitos de hombres y se alimentan de sus cuerpos moribundos. Lucha a muerte se entabla entre el hombre y la naturaleza. El caboclo quita terreno al río y éste se venga inundándole su casa y sus cosechas; el agua prisionera se desquita engendrando gérmenes venenosos; el árbol horadado aplasta muchas veces al cauchero. Por eso en estos libros de la selva tropical todo se mueve en una atmósfera trágica y macabra. Así se entiende el caso del coronel Tavora que al creerse engañado hace que un indio arranque el corazón de su mujer «por las costillas», para llorarla después eternamente; o el del indio Gabriel que al ser desposeído de su tierra se obstina en quedarse en ella y se entierra en vida; o el de Sabino, el marido de la Maibu a quien obligan a entregar su mujer a otro trabajador en pago de ciertas deudas y que incapaz de sufrir su soledad la somete al martirio de las siringas:

«Atado con cuerdas al árbol, el cuerpo de la «cabocla» adornaba bizarramente la extraña picota. Era como una extravagante orquídea carnoza y trigueña nacida al pie del árbol fatídico. Sobre sus senos túrgidos y sobre su vientre arqueado y en las piernas rígidas, tenía, profundamente metidas en la carne,

una docena de vasijas de «seringüero». La sangre de la mujer debía llenarlas y, al desbordar, regar las raíces del poste vivo que sostenía la muerta. En los recipientes la extraña «leche» estaba coagulada» (1).

En el relato que da su nombre al libro, *El infierno verde*, se narra el viaje de un ingeniero joven desde Manaos al interior del Amazonas. Desde el principio se presiente el horrible drama:

«El momento de embarcarse en la hora del mediodía sofocante... El buque estaba repleto de carga y llevaba, además, doscientos hombres apretujados en un espacio donde cabrían apenas cien, en una disparatada promiscuidad con cajones, baúles y mercaderías. Las hamacas sobrepuestas unas a otras, hasta sobre los lomos del ganado que, también, habían embarcado. Un hombre había sido muerto de una cornada mientras dormía en su hamaca» (2).

El viaje por lodazales, riachuelos, lagos y cataratas, es espantoso. Hay que avanzar bajo un sol canicular, por entre enjambres de mosquitos, y emanaciones de pantanos infectos. Hay que abrir el camino a golpe de hacha, descargar las barcas y hacerlas pasar sumergidas o levantarlas por sobre enormes troncos. Por fin, después de una lucha de varios días, el ingeniero cae víctima de la fiebre:

«Resistía el ingeniero a un combate formidable, a los pensamientos desalentadores que procuraban apoderarse de él con la fiebre. Toda la noche estuvo viendo horrores; ahora calenturiento, ahora helado, su cuerpo parecía precipitarse en abismos o achatarse bajo pesos formidables; el plácido canal se le antoja-

(1) *Ibid.*, pág. 111.

(2) *Ibid.*, págs. 124, 125.

ba escondido detrás de una cortina de monstruos que, en doble hilera, vomitaran llamas...

«Toda la noche la pasó entre pavores de delirio» (1).

Tiene que abandonar sus sueños de triunfo y de riqueza y volver al seno de su familia pero ¡ay! es ya demasiado tarde. El regreso es una carrera enloquecida por entre playas inhóspitas. Incapaz de seguir, el ingeniero detiene su barca frente a un barranco. «Arrastrándose como una res exangüe, empujada por el cuchillo del carnicero, logra llegar a una tapera (2), adornada con la maravillosa floración de un gran rosal». Allí el guía arma la hamaca y acuesta a su patrón moribundo. Y después:

«Durante la ausencia de Miguel, el desdichado Souto se irguió repentinamente en la hamaca. Tiritaba calenturiento. Descendió de la hamaca y se dirigió tambaleando hacia el rosal, todo agitado y con gestos convulsos, en un delirio de acción, mirando amenazadoramente a los árboles que veía alrededor. Y repetía frases entrecortadas que terminaban en un murmullo: «Mi tierra... los míos... mi tierra que dejé...».

«De pronto se acercó a las rosas y empezó a arrancarlas, arañándose cruelmente con sus espinas. Quería cubrirse con las corolas despedazadas; se las llevaba a la cabeza como si quisiera coronarse por su triunfo. Luego las apartaba de sí, juntándolas después, y las besaba y las pisoteaba.

«Cruelmente herido por las espinas, Souto tropezaba y se debatía en medio del rosal destrozándolo como si hubiera pasado un tifón.

«Justamente cuando Miguel regresaba acompañado por un «seringueiro», Souto caía extendido entre el rosal, apostrofando a la mata con estas palabras: «¡Infierno... infierno verde!..» (3)

(1) *Ibid.*, pág. 133.

(2) Chozas miserables construídas por los caucheros.

(3) *Ibid.*, pág. 140.

«Miguel, más tarde, comenzó a cavar una sepultura a poca distancia de la tapera».

He ahí la venganza de la selva. Su exuberancia lleva gérmenes de muerte. No se la vence sin lágrimas de sangre. Pero al mismo tiempo que es la muerte, es la esperanza, la futura tierra de promisión para las generaciones de hombres nuevos que sepan disecar el pantano, destruir el mosquito y terminar con el paludismo y el beri-beri.

Gran violencia hay en *El infierno verde*: El hallazgo de los cadáveres de los dos amantes, anunciado por una bandada de cuervos, «echados uno al lado del otro y ya desprendiéndose los esqueletos de la masa nauseabunda», la muerte de doña Maroca, cuyo corazón calentito palpita en las manos del peón; el voluntario entierro del caboclo para no perder sus posesiones, la muerte del portugués Pereira después de la brutal cura:

«Bajé la escalera y encontré al paciente tendido sobre una mesa colocada entre un grupo de seis personas dedicadas a los preparativos de la cura. Una de ellas construyó, con toda cachaza, un reborde de arcilla alrededor de la llaga para restringir el campo de acción del trópico en combustión. Después inmovilizaron al paciente por los brazos, las piernas y el tronco. Otro fué a buscar sobre un trípode, debajo del cual ardía un gran fuego, una lata con grasa hirviente, y, con rápido movimiento, vertió el ardiente líquido sobre la llaga pavorosa. Al chirrido de la carne sucedió una densa humareda que se levantó de los tejidos podridos y ardientes. Aturdió el bramido de la víctima, que intentó contraerse con un esfuerzo brusco, y terminó la salvaje operación. Hecho lo cual llevaron a Thome, caído en colapso, al cuarto en que lo habían alojado en el barracón.

«Después de poco, mientras estábamos almorzando, vinieron a comunicar a Cambito que el operado acababa de fallecer» (1).

(1) *Ibid.* págs. 98, 99.

El martirio atroz de la Maibi, sangrada como los siringales, el asesinato inútil de Vicente que creía haber encontrado una enorme cantidad de piedras preciosas y la desilusión del criminal al oír de boca del experto: «son piritas... bisulfuro de hierro... piedras sin valor alguno».

A pesar de todas las bárbaras escenas de *El infierno verde*, comparado con *La Vorágine*, nos resulta de un ambiente de relativa serenidad. En el libro de Rivera los hombres corren irremediablemente hacia la fatalidad en una atmósfera de vértigo y locura; la crueldad humana supera a todo lo visto u oído; la violencia es una obsesión. No hay nada en la obra de Rangel que pueda compararse a los episodios del niño arrojado a los caimanes, del peón decapitado por el toro, de las matanzas de Funes, del destripamiento del Cayeno, del cercenamiento de las manos del Pipa, de los indios incendiados. En *El infierno verde* hay luz y sombras; en *La Vorágine* sólo horrosa oscuridad.

Hay que agradecer al poeta de *Tierra de promisión* este gesto de hombría. A riesgo de ser tachado de truculento, melodramático y vulgar, tuvo el valor de desdeñar la belleza de los serenos paisajes e idilios tiernos del tipo de *María*, tan caros a los colombianos, de cerrar su corazón a toda dulzura y meterse en lo más bravío de la selva tropical y del corazón humano. Que lo hubiera hecho cualquier viajero no tendría nada de particular, pero en el caso de Rivera adquiere prestigio de heroísmo, ya que el poeta de verdad, pudo habernos deleitado, con la descripción de esos llanos de ensueño en las noches perfumadas de la selva, con la visión de raras aves, animales desconocidos, mariposas rojas y azules, luciérnagas que maravillaron a Bartolomé de las Casas y a José Asunción Silva, palmeras llenas de luna y matapalos cuajados de trinos. La selva negra de gomerías, pantanos, caimanes, sanguijuelas, mosquitos, tambochas, miasmas y putrefacción. Selva de sangre y de muerte en que los pantanos brillan como los ojos fatídicos del Cayeno y levantan su desespe-

ración las seringas mutiladas y sangrantes como las brazos sin manos del Pipa.

Dice el excelente crítico colombiano L. E. Nieto Caballero:

«Solamente en el libro de Luis Chadourne, «Le Pot au Noir» que describe prodigios escalofriantes de la tierra y del mar en las Guayanas, hemos encontrado una emoción parecida. Sobre el agua quieta, aceitosa, que se va ennegreciendo a medida que el nadador avanza, va éste adivinando la asechancia del pulpo. Cobran vida las aguas, se hacen conscientes, y del fondo del océano mil brazos fantásticos, de pavorosas formas, se alzan en busca de la carne de hombre que habrán de devorar seres familiares en las profundidades. Y ese terror que se apodera de Chadourne, quien lo hace sentir al lector hasta el erizamiento, es el mismo que Rivera logra infundir por haberlo sentido en contacto con la naturaleza» (1)

Sólo que Chadourne, como novelista, fué a buscar lo extraordinario, en tanto que Rivera iba en viaje accidental y antes que al hombre de letras vemos al hombre sufriente, encelado, iracundo, identificado con la primitiva fuerza de los bosques.

De interés narrativo es también el libro de H. M. Tomlinson *The Sea and the Jungle*, publicado en 1912 y el cual trata de un viaje hecho en el vapor *Capella* de Swansea a Para y desde allí a lo largo de las selvas amazónicas hasta las cataratas de San Antonio, por más de dos mil millas. Aunque las regiones son otras, relata Tomlinson horrores parecidos a los de *La Vorágine*, hombres perdidos en las selvas, barcas fantasmas que arrastran grupos de hombres decapitados por los indios, negros embrutecidos por el hambre y los castigos, hallazgos de montones de huesos en las hamacas cercanas a los albergues. Otra vez, al leer este libro, presenciemos la espantosa lucha entre el hombre y la selva y el triunfo final de ésta; vemos los ejércitos de mosqui-

(1) *Libros colombianos*.—Primera serie. Bogotá, 1925, págs. 156, 157.

tos inyectando su veneno; las hormigas de fuego; los caimanes en acción. Comprendemos el terror que se apodera del espíritu en los bosques infinitos, el sufrimiento bajo el sol, la locura. Sólo que este escritor inglés ve también la belleza salvaje, en los ojos encendidos de las serpientes, en los helechos y en las palmeras y así es capaz de entonar un himno en plena selva a las hojas del banano y hacer el cálido elogio de las mariposas:

«I saw one morning as many butterflies as there are flowers in an English garden in June. They were the blossoms of the place. The track was bright with them. They settled on the hot metals and ties, clustered thickly round muddy pools, a plantation there as vivid and alive, in the quick movements of their wings, as though a wind shook the petals of a bed of flowers. They flashed by like birds. One would soar slowly, wings outspread and stable, a living plane of metallic green and black. There was a large and insolent beauty—he did not move from his drink at a puddle though my boot almost touched him—his wings a velvety black with crimson eyes on the underwings...» (1)

Pero Tomlinson es el viajero que observa con atención para contar sus impresiones a un público inglés, apasionado por lo exótico. A veces es también protagonista y entonces, sobre todo cuando se pierde en la selva, hay entre sus experiencias y las de Rivera una estrecha similitud. Tomlinson ha conocido en parte también la tragedia de las gomeras pero puede decirse en general que nunca alcanza la intensa penetración dolorosa del colombiano y que sus ojos nunca vieron la tragedia en la forma total y absoluta que la presenciara Rivera.

De todos estos libros *La Vorágine* es el más apasionado, el más integralmente vital; es en una palabra la síntesis más acabada de la vida del trópico. Acaso *The Sea and the Jungle* sea más fiel a la impresión de los sentidos; *La Vorágine* es la adivina-

(1) *The Sea and the Jungle*, Duckworth and Co., London, pág. 266.

ción intuitiva de todos los aspectos de ese ambiente terrible, siempre cambiantes, invisibles a veces, pero siempre presentes en la armonía total de la visión.

* * *

Yo no sé si Rivera se interesó en los bosques de Venezuela y Brasil con el objeto de escribir una novela o si durante su odisea sus experiencias fueron adquiriendo tal novedad e importancia que el viajero decidió darle forma literaria. De todos modos, la novela es el resultado del viaje y sus peripecias. Pero como una excursión de esta clase se puede narrar en muchas formas, desde el poema lírico hasta la relación estrictamente geográfica, hubo que crear el interés dramático. De aquí la intriga de amor y celos que aparentemente guía el movimiento de *La Vorágine*. Digo aparentemente porque para mí que Rivera no pensó en esta complicación sentimental sino hasta el último momento, de aquí que Alicia sea el personaje femenino menos caracterizado. Para presentar esos tipos extraordinarios de hombres que como el Cayeno, Barrera o Heli Mesa, nos prueban a cada rato su valor de personajes novelables, no necesitaba el autor de una intriga amorosa. Desde un punto de vista técnico *La Vorágine* es una obra deficiente: el interés en la trama central se pierde cuando se insertan relatos paralelos a ésta. De hecho hay en este libro tres narraciones: El viaje de Cova y sus amigos en persecución de Barrera; el relato de Clemente Silva y el que se refiere a las matanzas de Funes. *La Vorágine* es una excelente mezcla de novela de acción y de caracteres. Nos interesamos vivamente en las aventuras pero sin dejar de pensar en el héroe que las ejecuta.

Los episodios violentos e imprevistos se multiplican y en esa evasión de la monótona existencia ciudadana hacia formas más vigorosas de vida nómada, incivilizada y peligrosa encontramos una gran satisfacción. Por otro lado los diferentes personajes

tienen personalidades definidas, no han sido ideados para servir como meros instrumentos de la intriga. En cada uno de los sucesos ocurridos, Cova, Barrera, Franco, etc., se nos aparecen más definidos y reales.

En tanto que en la novela de aventuras, desde la de Dumas hasta la de Conan Doyle, la trama tiene que ser ideada de antemano, porque constituye el eje de la obra; en la novela de caracteres, el autor se reserva el derecho de tejer nuevos episodios a medida que avanza el desarrollo, para presentarnos nuevos personajes o simplemente para revelarnos mejor los ya conocidos. No cabe duda de que la psicología de Cova nos es conocida desde que empezamos la lectura de *La Vorágine*, desde que dice: «Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la Violencia», satisfaciendo así uno de los requisitos de la novela de caracteres.

Pero en *La Vorágine* la selva humanizada adquiere pronto más fuerza que los hombres y Rivera nos ofrece una descripción completa de llanos, ríos y bosques y se detiene a moralizar sobre la vida bárbara de los habitantes de esas zonas primitivas.

Borrada ya la frontera de los géneros literarios en la libérrima actitud de los escritores modernos no debe sorprendernos el hecho de que *La Vorágine* nos ofrezca también características de novela dramática.

Observamos que en la novela de Rivera desaparece la separación entre los personajes y la trama y que en ella aparece la expresión poética. Ya el señor Nieto Caballero había notado en *La Vorágine* una superabundancia de lirismo, que según nuestra opinión, es necesaria, dada la excesiva fuerza dramática de la acción. El carácter domina todo el panorama de la obra y determina una acción de rara intensidad; y por eso es que la trama de esta novela es más interna que externa, sostenida por el vigor del carácter de Cova y de los otros personajes que provocan los acontecimientos y sus consecuencias. Era necesario para el desarrollo de la novela dramática que Cova huyera con Alicia.

en vez de llevarla tranquilamente al altar; que Barrera fuera una especie de Don Juan en la vida libre de los campos; que Alicia tuviera un carácter independiente, para huir con la niña Griselda. Cova precipita la tragedia por donde quiera que pasa, a veces inútil y caprichosamente. Es así como el juego de pasiones, aventuras y caracteres va construyendo la intriga de *La Vorágine* de la novela. La naturaleza suspicaz y analítica de Cova choca con la sensibilidad de Alicia desde el primer momento; ambos son caracteres fuertes y tienen que repelerse en su primer contacto.

Rivera logra mantener la tensión dramática a través de todo el libro en la correspondencia lógica que hay entre los personajes y el ambiente, entre el infierno verde y el espíritu indomable de Cova quien, hacia el fin de la novela, avanza como un símbolo tremendo de venganza. Sin tomar en cuenta la historia de Clemente Silva y el episodio de la matanza de Funes, que como ya dijimos, debilitan la estructura de la obra, toda la trama ofrece un desarrollo intensivo, en la presentación, en los fenómenos naturales (del llano sonriente a las gomerías malditas) y en la evolución de los caracteres.

Desde un punto de vista estrictamente novelístico, creemos que Rivera ha cometido un grave error al dejar el desenlace en suspenso. No sabemos si Cova, Alicia y sus amigos, al desaparecer en la selva, mueren o son salvados más tarde. Es decir, la novela no tiene solución, no hay equilibrio (vuelta de Cova y Alicia a la civilización), ni catástrofe (muerte del héroe), sino que el problema central de *La Vorágine* se continúa en nuestra imaginación dando lugar a una nueva novela, que tendría que ser, a rasgos generales, idéntica a la anterior. Pero claro está que entre esta emoción satisfecha del desenlace tradicional y la inquietud de no saber a punto fijo el fin, habrá quienes prefieren esta última no-solución.

* * *

Al hablar del estilo de *La Vorágine* hay que tener presente que es obra de poeta, del autor de *Tierra de promisión*, libro eminentemente lírico a pesar de sus temas objetivos, de atrevidas metáforas y de intenso colorido. Domingo Melfi halla en *La Vorágine* «un estilo rico y sanguíneo, a las veces de un poderoso lirismo, y otras lleno de provincialismos» y por eso es que observa agudamente Max Grillo: «Me parece que la crítica enteramente versallesca de esa ciudad de letrados (1) no ha dicho una palabra digna de *La Vorágine*. Para hacer obras como éstas, es para lo que sirve el idioma. Hay en *La Vorágine* líneas que son más fundamentalmente poéticas y luminosas que el mejor de los sonetos del poeta de *Tierra de promisión*, como ésa en que Rivera demuestra que no sólo es objetivo sino auditivo: Por momentos se oía la vibración de luz».

Algo de su estilo concreto, vigoroso y cortado, queda en estas páginas. Su precisión a veces sorprende, sobre todo tratándose de un escritor de Colombia, en donde impera un atildado clasicismo. Estilo rítmico, metafórico, de largos adjetivos y dominio de la frase. Ausencia de relativos, de conjunciones y de frases intercaladas, desliz rápido hacia el diálogo, hacia la frase breve, lapidaria a veces; uso continuo de la interrogación. En el diálogo usa la lengua vernácula del campesino colombiano y se mantiene siempre dentro de una naturalidad de buen gusto. Dentro de la sencillez de expresión del llanero, Rivera es capaz de revelar su máscara entereza:

«Mira, repuso el hombre: por sobre yo, mi sombrero. Por grande que sea la tierra, me quea bajo los pies. Con vos no me estoy metiendo. Pero si quieres, también pa vos hay» (2).

(1) Bogotá.

(2) *La Vorágine*, pág. 37.

Una cierta inquietud romántica se apodera de su pluma al describir animadas escenas de vida vigorosa en la llanura, como ésta de la doma:

«Ni la mula cimarrona que manotea espantada si el tigre se le monta en la nuca; ni el toro salvaje que brama, recorriendo el circo apenas le clavan las banderillas, ni el manatí que siente el arpón, gastan violencia igual a la de aquel potro cuando recibió el primer latigazo. Sacudióse con berrido iracundo, coceando la tierra y el aire en desaforada carrera, ante nuestros ojos des-pavoridos, en tanto que los amadrinadores lo perseguían, sacudiendo las ruanas. Describió grandes pistas a brincos tremendos, y tal como pudiera corcovar un centauro, subía en el viento, pegada a la silla, la figura del hombre, como torbellino del pajonal, hasta que sólo se miró a lo lejos la nota blanca de la camisa» (1).

Inquietud que adquiere la brusquedad propia del ambiente, cuando así lo requiere la ocasión:

«Súbito, el ganado empezó a remolinear, entre espantado choque de cornamentas, apretándose contra la valla del encierro, como vertiginosa marejada, con ímpetu arrollador. Alguna res quebróse el pecho contra la puerta y murió al instante, pisoteada por el tumulto. Los vigías empezaron a cantar, acudiendo con los caballos, y la torada se contuvo; mas pronto volvió a remecerse en aborascadas ondas, crujió el tranquero, hubo berridos, empujones y rebota por el desfiladero satánico, rompió el grupo mugiente los troncos de la prisión y se derramó sobre la llanura, bajo la noche pávida, con un estruendo de cataclismo, con una convulsión de embravecido mar» (2).

(1) *Ibid.*, págs. 52, 53.

(2) *Ibid.*, págs. 89, 90.

Ante los episodios bárbaros y pavorosos su mano no tiembla y se mete hasta el fondo en el descarnado relato naturalista:

«Lentamente, el desfile mortuorio pasó ante mí: un hombre de a pie cabestreaba el caballo fúnebre, y los taciturnos jinetes venían detrás. Aunque el asco me fruncía la piel, rendí mis pupilas sobre el despojo. Atravesado en la montura, con el vientre al sol, iba el cuerpo decapitado, entreabriendo las ycrbas con los dedos rígidos, como para agarrarlas por última vez. Tinteando en los calcanales desnudos pendían las espuelas que nadie se acordó de quitar, y del lado opuesto, entre el paréntesis de los brazos, destilaba aguasangre el muñón del cuello, rico de nervios amarillosos, como raicillas recién arrancadas. La bóveda del cráneo y la mandíbula que la sigue faltaban allí, y solamente el maxilar inferior reía ladeado, como burlándose de nosotros. Y esa risa sin rostro y sin alma, sin labios que la corrigieran, sin ojos que la humanizaran, me pareció vengativa, torturadora, y aún al través de los días que corren me repite su mueca desde ultratumba y me estremece de pavor» (1).

En medio de la selva despiadada, un sostenido aliento trágico corre por sus palabras, y su prosa trémula y áspera se cubre de un manto funeral.

«Antes de la hora en que el sol sanguíneo empenacha las lejanías, fuéles imperioso encender la hoguera, porque entre los bosques la tarde se enluta. Cortaron ramas, y, esparciéndolas sobre el barro, se amontonaron alrededor del anciano Silva a esperar el suplicio de las tinieblas. ¡Oh, la tortura de pasar la noche con hambre, entre el pensar y el bostezar, a sabiendas de que el bostezo ha de intensificarse al día siguiente! ¡Oh, la pesadumbre de sentir sollozos entre la sombra cuando los consuelos

(1) *Ibid.*, págs. 116, 117.

saben a muerte! ¡Perdidos! ¡Perdidos! El insomnio les echó encima su tropel de alucinaciones. Sintieron la angustia del indefenso cuando sospecha que alguien lo espía en lo obscuro. Vieron ruidos, las voces nocturnas, los pasos medrosos, los silencios impresionantes como un agujero en la eternidad» (1).

Rivera conoce bastante bien el lenguaje auténtico de la gente del campo y por este motivo sus diálogos son convincentes y reales. Se necesita haber vivido en esas regiones para disponer de un vocabulario regional tan abundante y pintoresco como el que nos ofrece *La Vorágine*. Ahí se mencionan bongos, curiacas, falcas, montañas, y otras embarcaciones; váquiros, terecayes, güios, caricaris, zamuros, cachicamos, bufeos y otras especies del reino animal: topochos, tabaís, siringas, sejés, otobas, miritis y otros árboles. Palabras tan sugerentes como «alcbrestado» por hombre mujeriego; «arrimado» por amante; «embejucar» por desorientar; «embarbascado» por extraviado; «guaricha» por mujerzuela; «jedentina» por hediondez; «morocha» por escopeta, junto a adjetivos tan pintorescos como «catire» por rubio, «lambón» por chismoso, «pepito» por gomoso, «poliona» por joven india; «rasgado» por generoso, etc., y a frases que, al dar el color local, revelan hasta qué punto conocía el autor a su gente, (ubre cuarteada, el ganao se manosea, etc.). La adjetivación en general es vigorosa y nueva, algunas veces modernista. Así habla de «caribes de vientre rojizo y escamas plúmbeas», de «palometas de nácar y oro», de «idioma terrígeno», de «raudaes tromitosos». Su sentido poético le hace construir frases que son versos:

«Los zancudos flotan en halo fatídico y quejumbroso, trémulo como una cuerda a medio vibrar».

(1) *Ibid.*, págs. 255, 256.

Su sistema de símiles y comparaciones es bastante elemental, aunque vigoroso; se apoya en la imagen objetiva, fijando gráficamente la idea e intensificándola. Así, definido ya el héroe, se fija en nuestra memoria, objetivamente:

«Mi corazón es como una roca cubierta de musgo, donde nunca falta una lágrima»;

«En el fondo de mi ánimo acontece lo que en las bahías: las mareas suben y bajan con intermitencias»;

«A la manera que la bruma asciende a las cimas sentía subir en mi espíritu el vaho de la congoja humedeciéndome los ojos».

«Sepulté en mi ánimo el ardid vengativo como puede guardarse un alacrán en el seno».

En la fonética del lenguaje campesino, aparté algunos fenómenos comunes en toda América, como la supresión de sílabas iniciales y finales (*ta* por *está*, *pa'* por *para*, etc.); la supresión de la *d* intervocálica y final y de la *s* final; de la *r* final, especialmente en los infinitivos; de la transformación constante de la *ll* en *y*, hay otros dignos de observarse. Como en el lenguaje gauchesco transforman en grave el esdrújulo de los imperativos: *calmáte*, *ponéle*, *sentáte*; usan ampliamente el *vos*; transforman la *f* en *j*, con mucho más frecuencia que otros pueblos y así llegan a decir: *jormao*, *jamoso*. Uno de los fenómenos lingüísticos más interesantes es el uso del pronombre personal en vez del posesivo: «es con *yo*»; «si no hubiera sido por *yo*». No creo que valga la pena comentar el gran número de arcaísmos o dialectalismos que se hallan en este lenguaje popular, ya que ellos son propios de la mayor parte de los pueblos americanos.

Por su indiferencia al academicismo tradicional de su patria; porque su frase es el relámpago de la espada en movimiento y no el brillo de la espada en reposo; porque en el exaltado lirismo de sus visiones parece que fuera describiendo instantáneamente, Rivera es un escritor joven, es decir, moderno, mas no moder-

nista, en el sentido literario de esta palabra. Su estilo es su propio temperamento, no la expresión libresca y apergaminada que debió aprender en las aulas tan remilgadas al parecer, de Bogotá. Arte viejo es todo arte imitativo, sea el modelo Cervantes, Fray Luis de Granada, Juan Ramón Jiménez o Gómez de la Serna. El arte nuevo obedece a un mandato orgánico, a una impostergable necesidad de expresión individual. Así en el cuadro inmenso de la noche tropical ¡qué lejos de la imaginación del novelista los maestros clásicos, románticos, modernistas y vanguardistas! cuando apunta:

«Cuando nos guarecimos en una laja del promontorio, había estrellas sobre los montes. Los perros ladraban desde los barrancos» (1).

Así ve su paisaje Rivera, lleno de colorido, movimiento, rumor, al enmarcar en él una riña de gallos; clásicamente puro al contemplar el vuelo de las garzas; suavemente poético en la melodía de un crepúsculo:

«Ya cuando la tarde se reclinó en las praderas, regresaron los vaqueros con la torada numerosa. Habíanla llevado al pastoreo vespertino, de gramales profusos y charcas inmóviles, donde, al abrevarse, borraban con sus belfos la imagen de alguna estrella crepuscular. Venía adelante el rapaz que servía de puntero, acompasando al trotecito de su yegua la tonada pueril que amansa los ganados salvajes. Seguíanlo en grupos los toros de venerable testa y enormes cuernos, solemnes en la cautividad, hilando una espuma en la trompa, adormilados los ojos, que enrojece, con repentino fuego, la furia. Detrás, al paso de sus rocines y entre el dejo de silbidos monótonos, avanzaban las filas de peones, a los flancos del «rodeo» formidable y letárgico» (2).

(1) *Ibid.*, pág. 153.

(2) *Ibid.*, pág. 88.

Olvidado de escuelas y de modas, nos dejó en *La Vorágine* este estilo irregular, incorrecto y viril que debería ser brújula y horizonte para las nuevas generaciones de escritores de América.

Difícilmente podría pedirse personajes más convincentes que los que nos ofrece Rivera en *La Vorágine*. A tal punto son reales que, ya lo hemos dicho, la novela no parece ser tal, sino un diario vivido y exacto. Desde que Cova nos confiesa que antes de haberse enamorado de mujer le ganó su corazón la violencia, sabemos qué clase hombre es y qué acciones esperar de él. No nos engañamos; este hombre que se juega la vida en la selva al mismo tiempo que ambiciona el don divino del amor ideal, nos da a través del relato infinitas muestras de su temperamento. Cova es el protagonista romántico, el héroe según nuestra concepción hispanoamericana, temerario, apasionado, rebelde, irresponsable, capaz de los mayores sacrificios y noblezas, como de grandes crueldades. Ningún principio de carácter económico, social, moral, religioso o sentimental es capaz de controlar la libre manifestación de sus instintos. Es un hombre culto, un poeta, que se ha salido de su centro, un hombre moderno en un medio bárbaro. Un proceso de adaptación biológica le transforma, así como acontece con los animales domésticos que se tornan salvajes en la soledad de las montañas. Un viento de venganza sacude todo su ser y va gritando a través de la sabana, destrucción y muerte:

«Mas al decirme que Alicia y Griselda eran dos vagabundas y que con otras mejores las reemplazaríamos, estalló mi despecho como un volcán, y, saltando al potro, partí enloquecido para darles alcance y muerte. Y en el vértigo del escape me parecía ver a Barrera, descabezado como Millán, prendido por los talones a la cola de mi corcel, dispersando miembros en las malezas, hasta que, atomizado, se extinguía entre el polvo de los desiertos» (1).

(1) *Ibid.*, pág. 123.

La ola incontrolable de su odio va creciendo hasta adquirir proporciones monstruosas. Así cuando Franco prende fuego a su casa, Cova cree que Dios le ha desamparado:

«En medio de las llamas empecé a reír como satanás».

Quedan en Cova rasgos del hombre de letras, aparatoso y fantaseador, aún en el horror de los siringales. Su dolor adquiere proporciones absurdas, especie de *Canto a Teresa* ululante, y tiene razón Franco al llamarle «desequilibrado, impulsivo y teatral».

El viejo Silva es un tipo patético que, en busca de su hijo único, pasa como un lamento por el escenario de este libro. Franco, todo equilibrio y sensatez, es un noble representante de los hombres de la llanura. Heli Mesa, esforzado y valiente, toma proporciones heroicas al asesinar al Matacano. Barrera, afeminado y lambón, como dicen expresivamente los colombianos, es un gran acierto psicológico. Pero donde triunfa el talento de Rivera es en su concepción de los caracteres femeninos, Griselda, Zoraida, Ayram, sobre todo en la última, aventurera audaz y sensual que va por los cauchales arrastrada por una codicia sin límites, desafiando cara a cara a la muerte, defendida por su voluntad y por su sexo. En el caso de Griselda y Alicia ¡qué lejos estamos de esas heroínas sentimentales y tiernas de la novela romántica, que como la María de Isaacs se mueren con languidez de rosas! Estas pueden empuñar machetes y pistolas y tener a raya al hombre más audaz. En un ambiente de sangre y violencia todos estos personajes viven, no tienen nada de literarios, son hombres y mujeres de aquellos parajes, productos del llano y de la selva, buenos o malos, como las serpientes, las tambochas, las garzas. Algunos de estos personajes son históricos. Dice un crítico peruano:

«Muchos de ellos tienen nombre propio, como don Julio

Arana, realmente cauchero peruano y senador de la República del Perú hasta 1930» (1).

Y Nieto Caballero, en su apasionante relato de su expedición aérea al Orinoco, escribe:

«Aunque alojados en diversas partes—la aduana, el cuartel, la estación inalámbrica—comimos juntos, en compañía de los notables de Puerto Carreño, en casa de doña Narcisa Saba, viuda de Barrera Malo, quien tiene una especie de hotel en una casa modesta, de agradable aspecto, luminosa de flores, y prepara en ella verdaderos banquetes. Corre como válida la especie de que doña Narcisa cuyo verdadero nombre, mucho más lindo, es Mazira, fué retratada por José Eustasio Rivera en *La Vorágine*, con el nombre inolvidable de Zoraida Ayram» (2).

Cuando apareció *La Vorágine*, la crítica la proclamó, precipitadamente, la mejor novela de América; exageración manifiesta si se tiene en cuenta que en 1924 ya eran conocidos *Los de abajo*, *El terruño*, *Los caranchos de la Florida*, *La maestra normal*, *Un perdido*, obras de tanto aliento como las del escritor colombiano y de tan genuina inspiración americana. *La Vorágine* es un documento humano de mérito imponderable; es una obra escrita con el fervor de las grandes novelas; su realismo es absoluto. El dolor de las razas vencidas, de los hombres explotados, es de definitiva grandeza, pero Rivera carecía de disciplina artística, de equilibrio estético, y a veces no logra salvar la distancia que hay entre lo sublimemente trágico y lo melodramático. Como *La Vorágine* es una novela de actualidad hay en ella un valor

(1) Luis Alberto Sánchez, *América, Novela sin novelistas*, Lima, 1933 pág. 169.

(2) E. Nieto Caballero, *Vuelo al Orinoco*, «El Tiempo», Bogotá, 1.º de noviembre de 1934.

circunstancial que acaso termine con el tiempo. Y no sería raro que en un futuro no lejano, cuando desaparezca el interés apasionado que hay hoy por las obras terrígenas, de inspiración criolla o indígena, el nombre de Rivera ocupe en las obligadas categorías clasificadoras un lugar ligeramente inferior al de su compatriota Tomás Carrasquilla, nombre ahora completamente desconocido en los otros países de América. Lo anterior, por lo que se refiere a *La Vorágine*, en cuanto a novela pura, ya que, como relato de viaje, como revelación de zonas vírgenes, como aventura de *pioneer*, habrá que colocarla al lado de las crónicas heroicas de los conquistadores. Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Bernal Díaz del Castillo, Fernández de Oviedo. Por ella vivirá Rivera cuando el olvidado se haya tragado a tantos escritores de vanguardia, micos de la literatura que hacen acrobacias desde las ramas de su pomposa egolatría.

BIBLIOGRAFIA

- Tierra de Promisión, Poesías*, 3.^a Ed. Bogotá, 1921, 124 págs.; 4.^a Ed. Bogotá, 1926.
- La Vorágine*, Bogotá, 1924. Hay ocho ediciones hasta la de la editorial «Los Andes», Nueva York, 1928, 368 págs.
- The Vortex*, Translated from the Ninth Spanish Edition by Earle K. James; New York, G. P. Putnam's Sons, 1935, 320 págs.
- Der Strudel, Das Buch von Kautschukflammler*, Hans Müller Verlag, Leipzig, 1935. Traducción alemana de G. H. Neuendorff.
- Puchina (La Vorágine)*, Tr. al ruso del Prof. Kelin, Moscú, 1935.